

*Benito Madariaga de la Campa*

**MENENDEZ PELAYO, PEREDA Y GALDOS:  
EJEMPLO DE UNA AMISTAD**



*Cuando sobreviene la Restauración, tres grandes figuras literarias van a ofrecer a la España de su tiempo un ejemplo de convivencia ideológica. En los Discursos leídos ante la Real Academia Española en 1897, Menéndez Pelayo, Pérez Galdós, dejaron allí escrita la historia singular de una amistad inquebrantable que se prolongó a lo largo de sus vidas.*

*La correspondencia mantenida entre los tres prueba, una vez más, lo que significó esta amistad a pesar de la “pública y notoria discordancia” de opiniones que, como dijo Menéndez Pelayo, les separaba en múltiples y fundamentales aspectos. Pero un fuerte sentimiento humano y estético logró superar aquellas discrepancias políticas y religiosas que ocasionaron la lucha y ruptura entre los hombres de su siglo. Cada uno de ellos adoptó una postura particular de participación en los problemas fundamentales de la sociedad en que les tocó vivir, comportamiento que sirve hoy de ejemplo de comprensión y tolerancia.*

*Benito Madariaga, Cronista Oficial de Santander, nos ofrece en este breve trabajo, contenido de una conferencia, una visión certera de la interrelación amistosa entre estos tres escritores, a la que se han referido, entre otros, autores como Leopoldo Alas, Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón, José María de Cossío y Vicente Marrero.*

ESPAÑO

1880

no le llevó al Dr.  
y se quedó en el hospital

llegó a la noche

que se llevó la herida

*Benito Madariaga de la Campa*

**MENENDEZ PELAYO, PEREDA Y GALDOS:  
EJEMPLO DE UNA AMISTAD.**

ESTUDIO

---

SANTANDER, 1984

**Portada: Jesús Hoyos Arribas**  
**Primera Edición: Junio 1984.**

**© Benito Madariaga de la Campa  
y Ediciones de Librería Estudio.  
Avda. Calvo Sotelo, 21. Apdo. 441 - Santander (España)**

**I. S. B. N.: 84-85429-35-4  
Depósito Legal SA-105-1984.**

**Imprime: GUZMAN. Gravina, 13 - Santander**

**MENENDEZ PELAYO,  
PEREDA Y GALDOS:  
EJEMPLO DE UNA AMISTAD.**

A partir del tercer cuarto del siglo pasado coinciden en Santander tres grandes figuras literarias de la Restauración: un erudito, forjador de los estudios histórico-literarios en su época, un costumbrista que llega a ser uno de los novelistas más representativos del país y otro escritor, polifacético, restaurador de la novela y el teatro de su tiempo. Pereda, el mayor de ellos, mantiene durante 35 años unos vínculos de amistad con otro escritor de muy diferente talante ideológico, Benito Pérez Galdós, veraneante primero en Cantabria, para terminar, con el tiempo, siendo vecino de Santander. Cuando ambos se conocen, un verano de 1871, el tercer componente de este triunvirato de la amistad, Marcelino Menéndez Pelayo, es un adolescente de quince años.

El atractivo que tenía entonces la ciudad como puerto de ultramar, con un comercio y edificaciones de vieja urbe cosmopolita, la bahía de la que habría de enamorarse este escritor viajero, la belleza del interior de la provincia, con un catálogo inmejorable de cuadros de paisaje, la dulzura de su clima y la hospitalidad de sus habitantes, decidieron a políticos e intelectuales a elegirla como sede permanente de sus vacaciones estivales.

"En aquel ambiente, sin Universidad, sin una gran prensa, formado casi exclusivamente por hidalgos, comerciantes y pescadores —escribe Gregorio Marañón— cristaliza, de repente, y sin saber por qué, una generación de hombres afanosos de saber, llenos de espiritual inquietud, lectores incansables, discutidores de todos los temas de la literatura y de la ciencia".

Estas tres figuras coincidentes en los veranos santanderinos van a dar un ejemplo de amistad y convivencia sin perder por ello sus respectivas posiciones ideológicas. En este sentido, existe también un escalonamiento en sus ideas políticas, que comprenden desde el tradicionalismo carlista, pasando por el conservadurismo, hasta la ideología liberal republicana, con lo que conllevan en cada caso de adscripción religiosa. En torno a ellos se agruparon otros escritores y artistas montañeses, científicos y periodistas dando lugar en Santander al llamado por Marañón<sup>2</sup> "foco potente de espiritualidad". En este ambiente provinciano discurre una parte importante de la vida de estas tres figuras tan representativas de su generación y cuyas interrelaciones amistosas ofrecen, como veremos, unas características particulares en cada caso.

1. Gregorio Marañón: *Tiempo viejo y tiempo nuevo*. Novena edición (Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1985), p. 87.

2. *Ibidem*, p. 86.

La aproximación entre Pereda y Menéndez Pelayo era antigua. Ya desde niño el segundo acudía llevado de la mano de su tío, el médico Juan Pelayo, a las tertulias que, con asistencia de Pereda, se celebraban en la librería de Fabián Hernández. El futuro historiador de los heterodoxos españoles confesaba, años después, que casi aprendió a leer en las *Escenas Montañesas*, de este amigo de infancia, de las que se sabía capítulos enteros de memoria.<sup>3</sup> Así comenzó a tratar y a admirar a Pereda, quien era ya en Santander un hombre popular y conocido como escritor y costumbrista. De él dijo también, más tarde, que había sido amigo de los de su sangre antes de que él naciese.<sup>4</sup> En efecto, aquella amistad familiar de los Menéndez y los Pelayo con José María de Pereda, se hizo personal con él a medida que el joven Marcelino se fue revelando como un caso de precocidad genial.

Ambos escritores eran, sin embargo, muy diferentes en su edad, preparación y carácter. Pereda le llevaba 23 años de diferencia, por lo que don Marcelino le trató siempre de usted. Pero, además, se alejaban bastante por sus diferentes especialidades literarias. Por el contrario, se aproximaban en el espíritu religioso y en las ideas políticas, aunque Menéndez Pelayo evolu-

3. Véase el prólogo de Menéndez Pelayo a las obras completas de José María de Pereda, en t. VI de *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* (Santander, Aldus, 1941), p. 360.

4. Cfr. el discurso de Menéndez Pelayo el 23 de enero de 1911 con motivo de la inauguración del monumento a José María de Pereda en los jardines que llevan su nombre, en Santander. Vid. también "La Puchera" en *El Correo* del 10 de febrero de 1889.

cionó, con los años, desde el tradicionalismo al conservadurismo. Aún así, la influencia entre ellos fue mutua y persistente. Don Marcelino es el alentador de la obra literaria de Pereda, en la que veía la mejor muestra de una literatura local y provinciana que a él le parecía lo más destacado de su producción literaria. Así, escribía en el prólogo a las obras completas del novelista de Polanco: "Para mí, Pereda, es antes que ninguna otra cosa, el compañero y el amigo de mi infancia; el Pereda de las *Escenas*; el que en 1864 imprimía en *La Abeja Montañesa* los diálogos del *raquero*; el Pereda sin trascendentalismos, ni filosofías, ni políticas; pintor insuperable de las tejidas nieblas de nuestras costas; de la tormenta que se rompe en las *hoces*; del alborozo de los prados después de la lluvia; de la vuelta de las *cabañas* desde los puertos; de la triste partida del mozo que va a las Indias; de la entrada triunfal y ostentosa del *jándalo*; de la alegría del hogar en Nochebuena, amenizada por el estudiante de Corbán; de los supersticiosos terrores, que vagan en torno de la pobre *Rámila*, y la traen a miserable muerte; de la salvaje independencia de los antiguos pobladores de la calle Alta y del Muelle de las Naos, últimos degenerados retoños de los que en la Edad Media daban caza a los balleneros ingleses en los mares del Norte y ajustaban tratados de paz y de comercio con sus reyes; y, finalmente, de la casa solariega próxima a desplomarse, y apunta-

lada, si acaso, por los dineros del indiano; y del concejo de la aldea, donde a duras penas vegeta algún rastro de las antiguas costumbres municipales".<sup>5</sup>

Cuando en 1877 Pereda le confiesa al joven Marcelino que escribe poco y de mala gana, éste le anima a que continúe con los cuadros costumbristas que, a su juicio, eran lo mejor de su producción literaria hasta ese momento.

Difícilmente Pereda acometía una empresa literaria sin someterla antes al criterio de su erudito amigo, en el que confiaba totalmente. Por ello, unas veces le pide información bibliográfica, como en el caso de *El buey suelto*, o le solicita su opinión sobre los libros suyos recién aparecidos y, en otras ocasiones, se atreve incluso a rogarle unas letras de crítica sobre ellos. También fue don Marcelino quien, en 1897, preparó su entrada triunfal en la Real Academia Española.

Pereda correspondió, a su vez, escribiendo algunos artículos sobre la obra de su joven amigo, como ocurrió a raíz de publicarse en 1876 las polémicas sobre la ciencia española.<sup>6</sup> La aparición de *Tipos trashumantes* sería motivo de una de las más fuertes polémicas de Menéndez Pelayo con el periodista Gavica al salir en defensa de Pereda, que ridiculizaba a los kraustistas en el cuadro titulado "Un sabio". Por to-

5. Prólogo a las obras completas de Pereda, *op. cit.*, pp. 373-4.

6. J. M. de Pereda: "Bibliografía, Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia Española". *El Aviño*, núm. 156 (Santander, 28 de diciembre de 1876), pp. 5-7.

do ello el novelista sentía hacia su paisano una inmensa admiración y confianza, como lo expresó en *El Eco Montañés* cuando refiriéndose a él y a Pérez Galdós escribía: "Menéndez Pelayo y Galdós son dos hidalgos vivientes que asombran por su labor inmensa, y más aún por los tesoros de saber y de arte que hay en sus libros. Su fecundidad maravilla; su fama está cimentada sólidamente; resiste la comparación con los más grandes escritores de otros países...".<sup>7</sup>

Menéndez Pelayo, por su parte, tuvo también numerosas ocasiones de expresar sus juicios sobre la obra del escritor de Polanco, en la que no pocas veces se dejó llevar por sus sentimientos de amistad. Por ello habría que diferenciar la mayor o menor parcialidad en sus juicios, según que las obras de Pereda fueran escritas bajo su advertencia, como en el caso de *Pedro Sánchez*, de otras, como *La Puchera*, en la que no estaba iniciado en el argumento y desarrollo de la obra. Pero si bien estos condicionantes pudieron limitar la óptica de un juicio certero sobre la totalidad de la obra perediana, no es menos cierto que don Marcelino hace atinadas observaciones sobre el autor. El estudioso de la obra de Pereda debe leer entonces con cierta atención estas críticas y prólogos donde Menéndez Pelayo apunta las que fueron

---

7. "Un rato de pálique con el maestro Pereda". *El Eco Montañés* (Madrid, 15 de febrero de 1900).

cualidades y defectos del novelista montañés: desde su preferencia por el carácter local de los temas, representados por sus primeros cuadros, a los que califica de admirables, hasta el lenguaje clásico y su respeto por la tradición española, junto a sus manías contra lo parlamentario, contra la moda y la política, así como su sensibilidad ante los temas amorosos que soslaya en *El buey suelto* o en el caso de *Sotileza* con "señoril castidad". Pero es también Menéndez Pelayo el primero que alude a "lo extremado de su ultramontanismo", que después otros autores han corroborado, quizás no tan atinadamente, en la obra del novelista cántabro.<sup>8</sup>

Menos conocida es la influencia que tuvo Pereda en Menéndez Pelayo, quien en esos años de su etapa juvenil realizaba sus primeras investigaciones literarias y se preparaba para alcanzar un puesto adecuado, que sabía dependía del triunfo de sus oposiciones. No fue Marcelino Menéndez Pelayo un hombre proclive a ser manejado, pero su natural bondad y el cariño que sentía hacia los amigos de su provincia natal, hicieron que, a veces, extremara las alabanzas de sus juicios o se dejara llevar de las opiniones de éstos. Así, recibe consejos de Pereda, quien le pide que se tome descansos y conceda "lo necesario al cuerpo". Otras veces le amonestaba por la vida desordenada que hace en Ma-

---

8. Véase t. VI de *Escritores montañeses*, en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, op. cit. pp. 325-397.

drid o le incita a que continúe sus polémicas. En este sentido le dice, refiriéndose a la mantenida con Manuel de la Revilla: "Mira que todavía quedan muchos charlatanes a quienes vapulear, y a lo que parece, esa empresa para tí, estaba guardada".<sup>9</sup>

Artigas supone que existe cierta influencia del estilo de *Escenas montañesas* de Pereda en *La Ciencia Española*, escrita por don Marcelino, en la que encuentra frases de "sabor perediano".<sup>10</sup>

Otro carácter muy distinto tuvo la amistad entre Galdós y Menéndez Pelayo, que pasó por una serie de vicisitudes, con momentos de mayor o menor tensión y roce, a causa de sus diferentes ideologías, sin que existiera por ello un distanciamiento o quiebra de sus mutuos afectos.

La primera relación tuvo lugar de una manera indirecta al poco tiempo de llegar el novelista canario a Santander. Se debió al deseo de don Marcelino de publicar un poema en octavas reales titulado "Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja". Pereda y la familia de don Marcelino se interesaron por la publicación, para lo que se dirigieron con esta pretensión a Pérez Galdós. La petición no era fácil dada la extensión del poema, por lo que se fue demorando

9. Carta del 13 de noviembre de 1876. *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo* (Santander, Sociedad de Menéndez Pelayo, 1953), p. 18.

10. Miguel Artigas: "Pereda y Menéndez Pelayo", *Bol. Bibl. de Menéndez Pelayo*, 1933 (3): 318-336.

su aparición para no llegar nunca a realizarse. Al no fructificar entonces la gestión, el joven Marcelino no quiso ya, después, que se publicara este primer trabajo de juventud.<sup>11</sup>

Por la fecha que señala don Marcelino, al contestar a Galdós en 1897 en el discurso de la Real Academia Española, parece que fue veintitrés años antes cuando nació esa amistad, es decir, en 1874, tres años después de la llegada del autor de *Marianela* a Santander en 1871. A partir de entonces habrían de verse con frecuencia en Madrid y, por supuesto, en Santander, donde solían pasear en fraternal compañía junto a Pereda. En 1875 Menéndez Pelayo ya conocía los escritos de Galdós, como lo confirma en una carta a Laverde, al que informa también, en 1878, del regalo que le había hecho su amigo-canario de una traducción de la *Eneida*, publicada en Canarias y de la que era autor Graciliano Afonso. También por unas cartas cruzadas con Pereda, sabemos que don Benito le había informado de los espectaculares ejercicios a cátedra de Menéndez Pelayo.<sup>12</sup> Quizá fue éste el momento en que el novelista canario reconoció ya sin ninguna duda la categoría intelectual de aquel muchacho superdotado.

11. Enrique Sánchez Reyes lo incluyó, sin embargo, después, en los números 1 y 2 de 1954, en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* y aparece en el t. I de *Poesías en las Obras Completas de Menéndez Pelayo*, pp. 227-278.

12. Véase el comentario de esta polémica en nuestro prólogo al libro de Enrique Menéndez, *Memorias de uno a quien no creyó nada*, (Santander, Ediciones Estudio, 1983), pp. 46-47.

El célebre escritor de los *Episodios* debió de sentirse previamente sorprendido al llegar a Santander por el grupo de amigos montañeses, hombres cultos, afables, hidalgos tradicionalistas y católicos a machamartillo, como diría Menéndez Pelayo, pero contrarios a las nuevas corrientes filosóficas y evolucionistas, antikrausistas y xenófobos. Esto debió producir en el autor de *Doña Perfecta* un sentimiento contradictorio de aproximación y rechazo. Quizás entonces la figura del joven erudito santanderino, protegido por los neocatólicos, a los que tanto había atacado Galdós, le pareciera la representación de aquella corriente político-religiosa que no aceptaba el novelista, como buen liberal. Por ello sospecho que en *Doña Perfecta* y en *Gloria*, las dos primeras novelas llamadas por Salvador de Madariaga serie anticlerical, aparecen retratadas de manera más o menos criptográfica aquellas mentalidades neocatólicas y tradicionalistas del grupo santanderino. Es fácil advertir la coincidencia en el antimadrileñismo de los habitantes de Orbajosa, hidalgos orgullosos de su abolengo que presumen de antecedentes guerreros, alusivos, según cremos, a las guerras cántabras, en las que combatió el emperador Augusto. Obsérvese que "Urbs augusta" llama don Cayetano a Orbajosa en *Doña Perfecta*. Pero, además, la crítica al krausismo de aquellos "buenos cristianos", según palabras de Galdós, incorruptibles, patriarcales y

hospitalarios, que no saben de filosofía alemana, estimamos complementa la identificación de este grupo ideológico.

Tanto en *Doña Perfecta* como en *Gloria*, novelas en las que se censura la intolerancia, aparecen muy bien retratados los neocatólicos, que son siempre jóvenes y estudiados, como el Jacintito de la primera novela, hombre de ideas sólidas y criterio sano, quien, según palabras de Galdós, “lo que sabe lo sabe a machamartillo”.<sup>13</sup> En *Gloria* aparece también un joven abogado, Rafael del Horro, del que dice su autor que era “un joven espada de la Iglesia, diputado, una especie de apóstol laico, defensor enérgico del catolicismo y de los derechos de la Iglesia”.<sup>14</sup> ¿Se vió inconscientemente retratado el joven Marcelino en estos personajes?

Por supuesto, ambas novelas no gustaron ni a Pereda ni a Menéndez Pelayo, sobre todo la segunda, a la que uno llamó “volteriana” y el otro calificó de “alegato librecubista”. Pero en tanto Pereda le amonestó por carta a don Benito, Menéndez Pelayo no dudó en meter a Galdós en su libro de los *Heterodoxos*, dedicándole una página durísima en la que comenzaba diciendo: “Hoy en la novela el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable y frío del Catolicismo, no es ya un miliciano nacional, si-

13. Sobre este tema y con el título de “Ambientación santanderina en *Doña Perfecta* de Galdós”, presentamos una comunicación al I Colloquio Internacional de Literatura Hispánica celebrado en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo del 1 al 5 de septiembre de 1981.

14. *Gloria*. (Primera Parte) (Madrid, Sucesores de Hernando, 1920), p. 67.

no un narrador de altas dotes aunque las oscurezca el empeño de dar *fin trascendental* a sus obras. En Pérez Galdós vale, mucho más sin duda el novelista descriptivo de los *Episodios Nacionales*, el cantor del heroísmo de Zaragoza y de Gerona, que el infeliz teólogo de *Gloria o de La familia de León Roch*".<sup>15</sup> Ya en la revista santanderina *La Tertulia* había aparecido con anterioridad, en 1876, una crítica, sin firma, del Episodio Nacional de Galdós *Los cien mil hijos de San Luis*,<sup>15</sup> reseña bibliográfica que atribuimos por su estilo a Menéndez Pelayo, donde aludía éste a la prolifcidad literaria de Galdós, al que llama artista en sus *Episodios*. Pero ¿por qué no firmó la crítica don Marcelino? No olvidemos que Galdós era considerado entonces un hombre de ideas avanzadas, liberal, abierto al europeísmo y a las nuevas corrientes innovadoras, tanto religiosas como culturales, al estilo de los hombres de Giner de los Ríos, a los que admiraba. Por eso parece que existió una cierta fricción entre Galdós y Menéndez Pelayo en esa época de "ímpetu agresivo" del joven autor de *La Ciencia Española*, en que éste rozó, como dice Marañón, los límites de la cortesía. Pero el tiempo y la madurez en la obra y en los criterios de ambos hombres iba a modificar estas relaciones gracias, precisamente, a la tolerancia. Menéndez Pelayo fue después el que gestionó la entrada

15. *La Tertulia*, Segunda época (Santander, 1876), p. 575.

de Galdós en la Academia en 1897, no sin grandes esfuerzos y discusiones. En el discurso de contestación al novelista en la recepción pública, rectificó don Marcelino los juicios que antaño había vertido en su libro de los *Heterodoxos*, al juzgar entonces las novelas contemporáneas. Tuvo que emocionar profundamente a Galdós cuando al hablar don Marcelino de sus libros *Gloria* y *La familia de León Roch*, considerados por él antaño como anticlericales, dijo: "Yo mismo, en los hervores de mi juventud, los ataqué con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el señor Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévolas para el uno ni para el otro, aquella página mía. Con decir que no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa, creo haber dado bastante satisfacción al argumento. Aquello no es mi juicio literario sobre *Gloria*, sino la reprobación de su tendencia".<sup>16</sup>

La contestación de Menéndez Pelayo al discurso de recepción de Galdós iba a promover la censura de los grupos integristas<sup>17</sup> que no le perdonaron tampoco a don Marcelino que asistiera en 1901 al estreno de *Electra*, la obra de teatro que promovió un movimiento anticlerical en toda España. Al otro día del estreno, *El*

16. Menéndez y Pelayo, Pereda, Pérez Galdós: *Diseñemos breñas ante la Real Academia Española* (Madrid, Vda. e Hijos de Tello, 1897), p. 72.

17. Vid. "Mercado literario", *La lectura dominical* (Organos del apostolado de la prensa), núm. 165 del 28 de febrero de 1897, p. 185.

*Siglo Futuro* fustigaba duramente al autor de los *Heterodoxos* con estas palabras: "Y Menéndez Pelayo, representación del liberalismo conservador, se va a aplaudir cuantos desatinos se le ocurren a don Benito contra el espíritu católico, y el mayor de todos ellos, que es suponer que los católicos liberales, condenados por la Iglesia, y cuantos vicios condena la moral cristiana, son la representación genuina del espíritu católico".<sup>18</sup>

Todavía Menéndez Pelayo y Galdós se verían, unos años después, implicados, sin ellos proponérselo, en una contienda como candidatos opositores al Premio Nobel.

En 1905 algunos académicos propusieron al erudito montañés como candidato al Premio, para lo que suscribieron una petición enviada a la Academia Sueca. En 1906 se suscita la campaña en favor de Galdós, que cobra actualidad para ambos hombres y salta la polémica a la calle en 1912. Las dos Españas, representadas por cada uno de los candidatos, se enfrentarán con este motivo en una polémica en la que intervinieron las Academias, la prensa y las organizaciones políticas y religiosas que tomaron parte, según sus ideologías, por cada uno de los contendientes. A Galdós le apoyaron las izquierdas y a Menéndez Pelayo, las derechas. Por supuesto, la ciudad de Santander se puso a favor de su ilustre paisano y sólo *El Cantábrico*

---

18. *El Siglo Futuro*, 31 de enero de 1901.

se atrevió a defender al autor de *Mariánela*. La Academia sueca recibió tarjetas y telegramas en favor de Menéndez Pelayo, pero, con muy mal gusto, en algunos periódicos se oponían al otorgamiento del Premio a Galdós, al que calificaban de revolucionario, sectario y anticatólico. En esta estúpida polémica los dos únicos que mantuvieron la serenidad y la cordura fueron los protagonistas, que no contendieron personalmente ni se quejaron jamás en sus escritos. Una vez más, pues, se enfrentaban las dos Españas representadas en dos personas igualmente grandes y positivas. Pero la competencia y divergencia de los criterios españoles no podía beneficiar a ninguno de los dos candidatos y al fin perdieron ambos el Premio Nobel. Si los españoles no se ponían de acuerdo, la Academia sueca no quiso ya tomar luego partido en favor del novelista canario, incluso después de la muerte de Menéndez Pelayo. De esta manera Galdós y España se quedaron sin un claro Premio Nobel de Literatura.

También en este caso podemos descubrir unas relaciones literarias entre los dos escritores. La correspondencia entre Galdós y Menéndez Pelayo no es muy abundante y se refiere a la noticia de regalos de libros que le hace don Benito, a la propuesta para académico de éste, que con tanto empeño defendió don Marcelino, o a diversos encargos y recomendaciones.

Entre los libros que en diversas ocasiones le regaló Galdós para su Biblioteca figuran unas traducciones de Virgilio y de la *Eneida*, un Diccionario de Historia Natural de autor canario, *Flavio Josefo* en inglés y una *Vida de Santo Tomás de Aquino* en este mismo idioma, los discursos de Calhone, *El joven Don Eduardo*, *El amigo Manso*, en alemán, así como numerosas comedias antiguas.

Galdós tenía muy en cuenta las opiniones de Pereda y Menéndez Pelayo sobre sus obras y no le agradaban, aunque dijera otra cosa, aquellas críticas aceras de sus amigos que llamaban heterodoxas a sus novelas. Cuando en 1880 don Marcelino escribe sobre *De tal palo...*, de Pereda, aludirá a *Gloria*, "aborto de un talento narrativo lastimosamente extraviado" y al que llama "libro de propaganda impía", juicio en consonancia con la citada página que le dedicó en *Los heterodoxos*.

A su vez, estima J. F. Montesinos que algunos personajes del novelista canario, como el celtíberico Juan Ruiz Hondón o *Juanondón*, el arcipreste de Ulldecona, pudo inspirarse en el tipo descrito por Menéndez Pelayo al estudiar el Arcipreste de Hita.

Curiosamente, no figuran en la Biblioteca del polígrafo todas las obras de Galdós y entre ellas falta *Amadeo I*, donde su autor menciona a don Marcelino cuando vivía en la Academia

de la Historia, detalle naturalmente que no corresponde a la cronología de la época".<sup>19</sup>

De forma bien distinta se desarrolló la historia de la amistad entre Pereda y Galdós. En principio, difícilmente se podían encontrar dos hombres más opuestos. Pereda fue un hidalgo que escribía libros, un "aficionado", como él diría, católico ferviente, tradicionalista y diputado carlista en la legislatura de don Amadeo de Saboya. Hombre nervioso, impaciente, apasionado e inflexible ante los principios morales, al decir de Galdós, necesitaba del consejo y apoyo de sus amigos y contemporáneos. Empezó siendo un escritor costumbrista para terminar figurando entre los novelistas más populares y leídos de la Restauración. A él se debe el descubrimiento de las costumbres y del paisaje de Cantabria al resto de España.

Buen polemista y conversador ingenioso, su pluma pintaba y caricaturizaba como ninguna. Rodrigo Soriano, que conocía al novelista, nos ha descrito así el temperamento del escritor: "Nervios, puros nervios... éste era el temperamento de Pereda. Apenas hablaba dos palabras, cabalgaban sus lentes, como en desbordada carrera, sobre el lomo de la nariz, las manos se movían en espasmo, chispeaban sus

19. Véase el epistolario Galdós-Menéndez Pelayo, en *La Sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*, de Pilar Faus (Valencia, Nacher, 1972), pp. 271-283.

La crítica de Menéndez Pelayo sobre *De tal palo...* se publicó en *La Ilustración Española de Madrid* el 8 de abril de 1880.

Para la opinión de José F. Montesinos: *Galdós*, segunda edición (Madrid, Cástala, 1980), III, p. 139.

ojos, se revolvía inquieto en la silla como el árabe jinete... Describía con una frase, pintaba con un rasgo, censuraba y burlaba dando testarazos y bofetones... Sus juicios eran secos, rápidos, sincerísimos...<sup>20</sup> Casi el mismo retrato nos hace en 1890 Juan R. Treceño cuando escribía en *De Cantabria*:<sup>21</sup> "Pereda es un hombre todavía joven, representa cuarenta y pico a cincuenta años; tiene la color cenceña, gasta perilla y bigote a la usanza española, sombrero gacho ladeado sobre una ceja y el cuerpo nervioso se revuelve bajo un amplio traje que está pidiendo a gritos que lo releven por jubón y calzas y gregüescos; porque Pereda es un rezagado de los tercios flamencos, de los soldados que sirvieron de modelo a D. Diego Velázquez de Silva.

Tiene los ojos muy vivos y penetrantes y habla mucho con las manos, dando tormento sin cesar a los lentes que están constantemente bailando sobre su nariz aguileña.

Como contertulio gozó de un gran prestigio por su conversación amena y graciosa y trato encantador. Bien fuera en la Guantería de Juan Alonso, en casa de Sinforoso Quintanilla, en la librería de Mazón, en la sastrería de Vázquez o en el Suizo, su presencia se hacía necesaria para que se animara la tertulia.

20. Rodrigo Soriano: "Al pasar. El hombre de la Montaña para los montañeses de América", *Cantabria*, núm. 31 (Buenos Aires, marzo de 1926), p. 12.

21. "Juan R. de Treceño": "Diario de un viajero". *De Cantabria* (Santander, Imp. El Atlántico, 1890), pp. 252-53.

Galdós, por el contrario, fue un escritor de talla europea y de un amplio espectro literario que abarcó el periodismo, la novela y el teatro. Su oficio único fue el de escritor, al que necesitó echar mano para poder vivir. Personalmente era un hombre tímido y callado, parco en palabras y buen observador; perseverante, metódico, manso y conciliador. Desde el punto de vista religioso fue un cristiano liberal, escéptico y abierto, con mucho de postconciliar en su dimensión religiosa, según opinión de Francisco Pérez,<sup>22</sup> postura a la que no le faltaron los resabios anticlericales propios de los liberales de la época. El mismo nos confiesa su doloroso peregrinar en busca de la verdad. Por eso en el discurso de contestación a Pereda, al comparar las diferentes posiciones religiosas de cada uno de ellos, afirma: "El es un espíritu sereno, yo un espíritu turbado, inquieto. El sabe a dónde va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva".<sup>23</sup> Sin embargo, tuvo que dejar en claro, en más de una ocasión, cómo su actitud en materia religiosa no fue nunca extremista. Por eso añadió: "En verdad, ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros".<sup>24</sup>

22. Francisco Pérez Gutiérrez: *El problema religioso en la generación de 1868* (Madrid, Taurus, 1975), pp. 182 y 186.

23. *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, Op. cit., pp. 154-55.

24. "Pereda y yo", en t. 3 de *Obras completas* (Madrid, Aguilar, 1973), p. 1.437.

En política evolucionó desde el reformismo liberal al republicanismo, teniendo una participación intensa en la política a partir de su militancia en el partido republicano, en el que figuró como presidente de la coalición republicano-socialista.

A raíz del primer encuentro de ambos novelistas en 1871, Pereda se convierte en el guía turístico de don Benito, al que lleva en su coche de caballos a diversas poblaciones de la provincia: Santillana, Suances, Comillas, Torrelavega, San Vicente de la Barquera, etc. De esas visiones van a surgir los escenarios de algunas de sus más importantes novelas: Castro Urdiales en la primera parte de *Rosalía*, las minas de Mercadal en *Marianela*, el cementerio de Comillas en *Gloria*, donde también utiliza elementos del entorno de Santander y de San Vicente de la Barquera. Las batallas de Ramales y Guardamino aparecen en *Vergara* y el Sardinero en *Amadeo I*. Pero además es en Santander donde escribe una gran parte de su obra literaria empezando por aquel precioso libro de viajes titulado *Cuarenta leguas por Cantabria*. Juntos realizaron también un viaje a Portugal y Galicia, en mayo de 1885, y se separaron en León para continuar su recorrido: Galdós a Madrid y Pereda a Asturias, donde saludó a "Clarín" y le fue ofrecido un acto académico de homenaje en la Universidad de Oviedo.

A partir de estos primeros viajes la presencia de don Benito se hace ya habitual en Santander y mucho más cuando en 1879 un hermano suyo, el brigadier Ignacio Pérez Galdós, es nombrado gobernador militar de la plaza.

Pereda y Galdós, aunque tuvieran cada uno su tertulia con personas afines a sus respectivas ideologías, ellos se veían durante los veranos casi a diario. En aquellos encuentros surgían polémicas en las que se hablaba de lo divino y lo humano. Ambos se admiraban como escritores y se complementaban en el carácter. Pereda, excelente conversador y, a su lado, don Benito, reposado y silencioso acompañante; el uno ingenioso y, a veces, sarcástico, el otro irónico. “Charlando con el maestro, de cosas humanas y divinas —escribiría Galdós— pasaba un buen rato de la tarde, hasta que apuntando la noche, me volvía a mi casa”.<sup>25</sup>

Va a ser precisamente en las tertulias donde se van a confrontar los diferentes estados de opinión. Pereda no faltaba nunca a estos encuentros, a causa de ser una persona sumamente metódica en su vida. Ya se sabía que al mediodía extendía su paseo hasta la Alameda, no sin antes recalcar en alguna de las tiendas donde florecían las tertulias. Eran los tiempos en que, como decía Galdós en *Fortunata y Jacinta*, “no había tienda sin tertulia”.

25. Carta del 18 de noviembre de 1893 en William Shoemaker: *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa"* de Buenos Aires. (Madrid, Edie. Cultura Hispánica, 1973), p. 504.

Pereda, tanto por la mañana como por la tarde, dedicaba algún tiempo a escribir o a la lectura, aunque sólo fuera de la prensa, o a contestar la correspondencia. Sin embargo, como escritor o literato se comportaba de una manera cíclica. Gran parte de esta obra se efectuó en su casa de Polanco. Cuando le entraba la fiebre de escribir, porque había encontrado argumento adecuado, no paraba hasta dar por finalizada la obra. Los contertulios sabían que terminaba agotado y con los nervios desequilibrados después de cada esfuerzo de creación.

Fumaba muchísimo, pero debido a su enfermedad no probaba el café ni el alcohol, lo que quizás influyó en su oposición a las tabernas pueblerinas, a las que tanto combatió en su obra.

Galdós, a su vez, era un hombre curioso, observador, tenaz, disciplinado, del que destacó Menéndez Pelayo su "laboriosidad igual y constante". Ni aún ciego dejó de escribir, dictando, entonces las obras a un amanuense.

Sus aficiones fueron la música y la pintura y gustó también de las aventuras amorosas de tapadillo, como buen solterón.

Con mayor razón en este caso, es fácil observar entre ambos amigos una mutua influencia literaria.

A Galdós le sorprendieron las *Escenas Montañesas* (1864) como pequeñas obras maestras, en las que vio un modelo de la literatura cos-

tumbrista. La excelente copia de las diferentes formas de vida y la facultad para la caricatura en el retrato de algunos personajes hizo que Pereda fuera considerado con admiración por su colega canario, quien no dudaba en declararle “porta-estandarte del realismo literario en España”.<sup>26</sup>

En la crítica que hizo de *Bocetos al temple* (1876), en el prólogo después a *El Sabor de la tierruca* (1882) y en un artículo publicado en el diario *La Prensa* (1888) de Buenos Aires, Galdós expresó el juicio que le merecía su compañero de letras, al que incluso mencionó de pasada como personaje en su novela *Gloria*.<sup>27</sup>

El novelista canario nos transmite así su opinión sobre el escritor de Polanco: “Como, tratándose de los artistas afamados, la noticia biográfica no puede circunscribirse a la vida literaria, sino que es preciso extenderla a la fisonomía moral y a lo que es y representa la persona en la vida social, empezaré por decir que éste querido compañero de letras es uno de los hombres cuya amistad es orgullo de quien la posee, un hombre de cualidades excepcionales, tan inflexible en los principios que no conozco a nadie que en esto se le iguale, y al propio tiempo amenísimo en su trato, sencillo en sus costumbres, cariñoso con sus amigos, consagra-

26. Prólogo a *El sabor de la tierruca*, de José María de Pereda (Barcelona, 1882), en *Ensayos de crítica literaria*, de Benito Pérez Galdós. Selección, introducción y notas de Lau- reano Bonet (Barcelona, Península, 1971), p. 166.

27. Véase la alusión a Pereda en el cap. de la segunda parte titulado “El Salvador en la calle”, *op. cit.*, p. 80.

do exclusivamente a su familia y al cultivo de las letras, por devoción sincera, más que por lucro, hombre, en fin, como hay pocos, y seguramente no es nuestra época la más abundante en personas de esta calidad".<sup>28</sup>

Se advierte una influencia de Pereda en *Rosalía*, una de las primeras novelas de Galdós, de reciente publicación póstuma. La descripción caricaturesca, por ejemplo, de Pedro Picio es típicamente perediana, así como el talante del hidalgo tradicionalista don Juan Crisóstomo, recuerda un tanto, por lo extemporáneo, al don Robustiano de *Blasones y talegas*.

La segunda serie de las *Escenas, Tipos y paisajes*, produjo en don Benito, como él mismo confesó, "verdadero estupor y esas vagas inquietudes del espíritu que se resuelven luego en punzantes estímulos o en el cosquilleo de la vocación".<sup>29</sup> De idéntico modo, los primeros capítulos de *Nazarín* y el personaje de la "tía Chanfaina" parecen sacados de las páginas de las *Escenas montañesas*.

Por el contrario, la influencia de Galdós se hace notar en *Pedro Sánchez*, de Pereda, obra en la línea de los *Episodios Nacionales*, aunque la similitud sólo sea en algunos aspectos.

Laureano Bonet encuentra también puntos de contacto entre *Pedro Sánchez* y *La Fontana de Oro* y sugiere igualmente un estudio compa-

28. *Las cartas desconocidas de Galdós...*, op. cit., p. 301.

29. Prólogo a *El sabor de la tierra*, op. cit., p. 164.

rativo de la citada novela del escritor de Polanco con los *Episodios*, *La Revolución de julio* y O'Donnell.<sup>30</sup>

López Morillas opinaba, a su vez, que *Los hombre de pro* "surge como derivación de *La Fontana de Oro*, primera novela moderna española".<sup>31</sup>

Como luego diremos, en la novela *De tal palo, tal astilla* Pereda presentó una tesis moralista de intención contraria a las expuestas por Galdós en *Gloria* y en *La familia de León Roch*.<sup>31</sup>

En justa correspondencia, también menciona a Galdós en su libro *Tipos trashumantes* en un gracioso diálogo del cuadro titulado "Un artista".

Durante la estancia de Galdós en Madrid se carteaba con Pereda y ambos se intercambiaban opiniones, datos y peticiones. La única disensión entre ellos apareció cuando el primero comenzó a novelar temas de tesis o de conciencia, como él los llama, en los que censuraba la mogaigatería, el fanatismo y la intolerancia.

A partir de la aparición de la serie de estas novelas de tesis religiosa, Pereda le amonesta por carta a su amigo, le da su opinión sincera y le dice que está haciendo novela volteriana.

30. Introducción a *Ensayos de crítica literaria*, op. cit., pp. 91-92, nota 25.

31. José Manuel González Herrán, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo* (Santander, Edic. Ayuntamiento de Santander/Librería Estudio, 1983). Véanse los capítulos sobre *Bocetos al temple*, *Pedro Sánchez* y *De tal palo...*

A la crítica de la intolerancia de *Doña Perfecta* Pereda contesta, en cierto modo, con el cuadro costumbrista titulado “Un sabio” de *Tipos trashumantes* y a *Gloria* responde desde sus posiciones ideológicas con *De tal palo, tal astilla*.

Cuando Galdós le contesta a su viejo amigo en la Academia resume así aquel sorprendente caso de una amistad discrepante: “Cuando presentaba yo, en mis novelas de los años 75 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado o desdecían de sus ideas, me reñía con sincero enojo, y a mí me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño, entre los papeles de nuestra larga correspondencia, sus acerbas críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba, el cual ni por éstas ni por otras divergencias menos importantes se ha enfriado en los años sucesivos”.<sup>32</sup>

Pereda, con su mejor intención, le amonesta por caer dentro de la novela volteriana que tendría su puesto en los “índices expurgatorios” de Roma. Pereda, para poder admitir la obra le pide, al menos, una *Gloria* con menos dudas sobre el dogma, un Obispo con más talento y un “neo” menos hipócrita. Respecto a *Doña Perfecta* también le ofrece, en sus cartas,

---

32. *Discursos leídos, op. cit.*, pp. 160-61.

la opinión que le merece esta novela donde se ponía en evidencia la mogigatería y el fanatismo.

Por segunda vez se reanuda la polémica con motivo del que llama "disloque patriotero" de *Electra* y le vuelve a reprender haciéndole saber cómo es presidiable el caso de Pantoja sin que ello justifique "el frenesí de las gentes que alzaron la bandera de muerte y de exterminio contra ciertas cosas que nada tienen que ver con lo que sucede en el drama".<sup>33</sup>

El dulce don Benito le respondía con sus puntos de vista, sin llegar a convencer, por supuesto, a Pereda. Sin embargo, aquellas discrepancias no empañaron una antigua amistad, que supieron ofrecer, como modelo, a la gente del oficio, ni afectaron al mutuo afecto que se profesaban. "Amistad que no ha sucumbido ni sucumbirá nunca ante divergencias de criterio en cosas muy substanciales, porque estas mismas discordias —dirá Galdós—<sup>34</sup> han sido para el afecto que nos liga como la forja consistente que da al metal mayor dureza y temple más fino".

Una de las polémicas más sonadas que protagonizó Galdós en Santander, sin que él intervina personalmente, se originó en 1893 al serle ofrecido un homenaje por el grupo de

33. Para conocer la polémica por ambas partes véase de Soledad Ortega *Cartas a Galdós* (Madrid, Revista de Occidente, 1964) y de Carmen Bravo-Villasant: "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda. *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 250-2, oct. 1970-enero 1971, pp. 1-43.

34. *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, p. 152.

amigos santanderinos. Los recientes éxitos teatrales de este escritor y el hecho de haber fijado en Santander su residencia y figurar ya como vecino, motivó este acto al que se sumaron Pereda, Amós de Escalante, Estrañi, José María Quintanilla, Enrique Menéndez y, en general, cuantos representaban el mundo de las letras locales. Para el banquete se dieron cita el 9 de marzo en el Hotel Continental y al final del mismo Pereda leyó un texto cariñoso y alusivo al novelista canario titulado "Va de cuento", al que respondió Galdós con unas palabras en las que llamó a Cantabria su segunda patria.

Terminado el acto, un grupo de amigos visitó por primera vez "San Quintín", la residencia recién construida de Galdós. Al otro día, un artículo de José María Quintanilla en el diario local *El Atlántico* donde se aludía a la presencia en la casa de una mascarilla de Voltaire y entre los libros de lectura un ejemplar del *Socialismo contemporáneo*, de Laveleye, suscitó un comentario del diario ultramontano *La Atalaya* en el que se atacaba a Galdós con los calificativos de impío y masón y se recomendaba la no lectura de sus obras "porque son impías, escépticas y contrarias a la Religión".<sup>35</sup> Una vez más se utilizó contra Galdós, en este caso, el texto de los *Heterodoxos* de Menéndez Pelayo.

---

35. Véase la polémica con más detalle en: Benito Madariaga: *Pérez Galdós. Biografía santanderina* (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1979, pp. 161-167).

La polémica entre *La Atalaya* y *El Atlántico* duró varios días. La campaña del primer diario resultó, en cualquier caso, inoportuna e injusta, mucho más cuando la ciudad le ofrecía al novelista un homenaje. Pereda, disgustado por el talante de aquella polémica, le escribía pocos días después a Marcelino Menéndez Pelayo, —que no había podido acudir—, y le informaba así de la desagradable polémica: “No te hablo del cisco armado aquí con motivo de nuestro banquete a Galdós, porque te supongo enterado de él y principalmente porque ya apesta”.<sup>36</sup>

Aparte de lo que el incidente tenga de anecdótico, interesa consignar lo que significaba como agresión ideológica. Amós de Escalante, en carta a Enrique Menéndez, le haría ver, con mucha lógica, que el homenaje se hacía al escritor y vecino de Santander y que, consecuentemente, se ratificaba en su adhesión.<sup>37</sup>

Galdós se mantuvo en silencio y no varió su conducta ni tampoco demostró ningún resentimiento. A los pocos días invitaba a sus amigos santanderinos a la inauguración de “San Quintín”, donde entre comentarios y buen vino, se haría lo imposible por olvidar o minimizar el incidente.

36. *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, p. 139.

37. Carta inédita del 6 de marzo de 1893. Original en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, en la correspondencia de Enrique Menéndez Pelayo.

La correspondencia cruzada entre los tres amigos escritores, Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós, vale tanto como la mejor biografía para conocer el pensamiento de estos personajes que se intercambian ideas, se mandan libros o datos en la correspondencia. El análisis de estas cartas permite conocer la psicología de sus autores, sus problemas y estados de ánimo cuando fueron escritas.

Con los años, como era de esperar, dejan de verse con asiduidad a causa de sus achaques y se escriben de tarde en tarde, llamándose "mi queridísimo D. José" y "Mi señor don Benito". Este será también quien diseñe al hidalgo de Polanco el panteón familiar donde reposan sus restos en el cementerio de su pueblo natal de Polanco. En diciembre de 1905, el año anterior a su muerte, Pereda, ya inmóvil y enfermo, le dice a su amigo canario que anda "desgobernado físicamente". Tampoco Galdós goza de buena salud, ciego y arterioesclerótico y Menéndez Pelayo presenta ya los síntomas de la enfermedad mortal que le conduciría al sepulcro.

También los tres cesan de una manera definitiva en sus actividades políticas, que representaban justamente las tres tendencias: la derecha, el centro y la izquierda. Cada uno de ellos, desde sus diferentes posiciones habían dado una muestra de profundo patriotismo buscando el mismo resultado, el de continuar la Historia de España o, mejor aún, renovarla.

Pereda fue el representante más genuino del mantenimiento de la tendencia tradicional y Menéndez Pelayo y Galdós significaron la defensa equilibrada del espíritu renovador español, intentado en aquellos momentos, desde el centro y la izquierda españoles. Y esto lo practicaron con sinceridad y honradez en sus aciertos y equivocaciones. Eran tres puntos de mira con un mismo objetivo, y debido a que creían en el diálogo y en la tolerancia, se vieron acosados por los defensores radicales de los extremismos. Por eso su tentativa quedó plasmada sólo en su obra literaria y en una lección o ejemplo para los intelectuales y políticos de su tiempo.

Esta postura les ocasionó la malévola animadversión de los que, en algún momento, dejaron de ser tolerantes. Galdós fue acusado a la vez de religioso y de heterodoxo. Menéndez Pelayo de ultramontano y liberal y Pereda de ser siempre rígido e intransigente. Sin embargo, cuánta verdad había en las tesis moralistas de Galdós en sus novelas, no menos que en muchas de las soflamas de Pereda a los desatinos de los movimientos revolucionarios de aquel siglo.

Si la tentativa dialogante de estos hombres de la Restauración de Santander sólo fue, por desgracia, una lección, quedaba la esperanza de que su ejemplo cundiera en las futuras generaciones para que al fin fuera una realidad el respeto mutuo y la colaboración entre las dos

Españas, sintetizado por “Clarín” en estas palabras de respuesta a Menéndez Pelayo, cuando éste le escribe deseándole que Dios le lleve a sus ideas: “Las mías me hacen creer que en lo que más importa, pensamos lo mismo y amamos lo mismo”.

*Sr. Don Enrique Menéndez Pelayo*

Quien quiera hilar muy delgado en eso de corrección de procederes, mi querido amigo, hará bien en retirarse de esta nuestra sociedad y hacerse anacoreta.

Yo entiendo las cosas del siguiente modo: sea por iniciativa de quien fuere, los literatos, aficionados a las letras y periodistas de Santander, resuelven obsequiar con un banquete al popular escritor Sr. don Benito Pérez Galdós. Uno de los grupos que convienen en semejante propósito, el de los escritores jóvenes, se acuerda de mí, quieren contar conmigo y me proponen por medio de un mensajero, de los suyos, participar en el obsequio adhiriéndome al pensamiento.

Yo acepto la proposición: soy, pues, uno de los santanderinos o residentes en Santander que dan un convite a Pérez Galdós.

Si después de esta conformidad ha parecido bien modificar el pensamiento en alguno de sus detalles de ejecución que no afectan a lo esencial de la cosa, yo estoy con el grupo que se acordó de mí, y me propuso y recibió mi adhesión. Continúo, pues, siendo uno de los vecinos de Santander que contribuyen al obsequio a Pérez Galdós.

Toda esta claridad de forma sea para Vd. y para mí, con exclusión de todo otro espíritu, ya sea de los suspicaces, ya de los confiados.

El fondo del asunto Vd. lo comunicará a quién y en cuanto fuere necesario, y en forma harto mejor que la mía.

Ya sé el día del festín. Vd. tendrá la bondad de decirme su lugar y hora. En ellos, y a no haber causa desagradable que lo estorbe, tendrá el gusto de encontrarse cordialmente con todos Vds. su affmo. amigo y s.s. q.l.b.l.m.

Amós de Escalante

S/c 6 de marzo. (1893)

(Cfr. original en Biblioteca de Menéndez Pelayo. Correspondencia de Enrique Menéndez Pelayo D. 126).

### **"CARPINTEROS DE RIBERA"**

- 1. José M. Bustamante Noriega.**  
RUTA DE LOS FORAMONTANOS. AVENTURA DE LOS HOMBRES LIBRES.
- 2. Benito Madariaga de la Campa.**  
MENENDEZ PELAYO, PEREDA Y GALDOS: EJEMPLO DE UNA AMISTAD.

**175 Pesetas**

CUADERNOS



CARPINTEROS DE RIBERA